

PEDRO PALAO PONS

APOPHIS

minotauro

Primera edición: mayo de 2010

© Pedro Palao Pons, 2010

© Editorial Planeta, S. A., 2010
Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.scyla.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-7778-8

Depósito legal:
Fotocomposición:
Impresión y encuadernación:

Impreso en España
Printed in Spain

*A Olga, por leer, rectificar, apuntar y documentar.
Pero especialmente por discutir y, sobre todo,
por estar ahí de forma incondicional*

A Anaïs, por lo que está por llegar

PARTE 1

Miré, y he aquí un caballo amarillo y el que lo montaba tenía por nombre Muerte, y el Hades lo seguía; y le fue dada potestad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, con hambre, con mortandad, y con las fieras de la tierra.

APOCALIPSIS 6,8

22 de diciembre de 2012
Residencia privada de Pietro di Greco, Barcelona

«Luces azules y naranjas. Fuego en la cúspide. Tres rayos. Tres ríos de fuego. Las casas y el bosque arden. Humo, mucho humo, gris y rojizo. 725.»

Pietro di Greco releyó el texto por tercera vez. Las palabras eran un tanto inconexas, incluso precipitadas. Siempre era así. Pero esta vez había un número. Claro, determinante, sin relación aparente con el resto. ¿Qué podía significar «725»?

Respiró hondo. Estaba cansado, aquello le producía un terrible estado de agotamiento del que a veces tardaba horas en reponerse. Además las insistentes lluvias caídas sobre Barcelona tampoco ayudaban a disipar una migraña que hacía horas que amenazaba con aparecer a través de un persistente dolor de cabeza. Una vez más, siguiendo el ceremonial que inconscientemente había inventado, dobló la hoja sobre sí misma dos veces. «Siempre lo mismo», dijo en voz alta con un tono de decepción. «¿Cuánto tiempo más tendré que esperar para entender algo? ¿Cuántas veces más?», preguntó mirando a lo alto.

Apoyó la palma de la mano sobre el papel y miró la librería de madera de roble que había al fondo de la estancia. Allí, en el tercer estante, reposaba una pequeña arqueta donde hacía años que guardaba, metódicamente, papeles como aquel. «A este paso tendré que cambiar de recipiente», se dijo.

El sonido del teléfono interrumpió el discurso del religioso. Lo dejó sonar un par de veces antes de girarse hacia la izquierda para ver si el número que aparecía en la pantalla le resultaba co-

nocido. Era Navidad y las campañas de marketing telefónico no lo dejaban vivir. Varios meses atrás había tomado la determinación de no descolgar si no conocía el número, así se evitaba ofertas de viajes, de casas en la costa, de operadores de internet, etcétera. Al fin y al cabo, aquel era el teléfono de su casa. «Si es importante llamarán al móvil o dejarán un mensaje», se justificaba habitualmente para no responder cuando la pantalla del terminal indicaba «Número Privado» o «No disponible».

Alargó la mano para descolgar el teléfono. En la pantalla aparecía el número de su sobrino. Considerando que eran las 11.30 y que Juan llamaba desde El Salvador, donde eran las 4.30 de la madrugada, Pietro se inquietó.

–¡Está sucediendo! ¡Está pasando en este momento! –Se escuchó nada más descolgar.

–Cálmate, Juan. ¿Pasar? ¿Qué está pasando? ¿A qué te refieres? ¿Te encuentras bien?

–Sí, sí, estoy bien. Te hablo de la señal, del calendario. Se ha cumplido, hoy es 22.

–¿Y? No sé a qué te refieres.

–¡22 de diciembre, tío! Hoy acaba el calendario. Ya han comenzado los rituales.

–Tranquilízate, por favor –ordenó Pietro–. A ver, ¿qué rituales? ¿De qué me estás hablando?

Pietro no obtuvo respuesta, la llamada se cortó. Pulsó la tecla de rellamada pero no había señal. «Este chico siempre me deja a medias. Malditos móviles». Lo intentó de nuevo, pero no obtuvo resultado. Buscó en la agenda para localizar el número del teléfono fijo de su sobrino. Justo al encontrarlo comenzó a sonar su móvil.

–Hola Juan. A ver si te cambias ya de móvil. Empieza a ser un poco molesto que cada dos por tres se te corten las llamadas.

–No es el teléfono. Hoy hace muy mal tiempo y ésta no es precisamente la mejor zona para tener buena cobertura. Pero es igual, te quería comentar...

–¿No estás en el convento? –interrumpió Pietro inquisitivamente.

–Sí. Bueno, no. Estoy en casa de unos amigos en Chalchuapa, a unos ochenta kilómetros de San Salvador. Estaré aquí hasta el día de Navidad.

–No recuerdo que tengamos ninguna misión en... ¿cómo has dicho? ¿Chalchuapa?

–No, no la tenemos. De hecho estoy aquí a título personal.

–¿A título personal? –preguntó Pietro moviendo la cabeza de izquierda a derecha.

Una vez más su sobrino parecía no saber exactamente en qué consistía su trabajo. No era la primera vez que actuaba por libre.

–Pero hijo mío, son fiestas. Tenemos la Navidad encima. Lamento decírtelo, pero dadas las circunstancias, lo de «a título privado» prácticamente no me lo puedo permitir ni yo. Mucho menos tú que, y perdona la expresión, eres un simple sacerdote destinado en la misión de Ahuachapán, donde seguro que hay mucho trabajo estos días.

–Ya lo sé, tío Pietro –Juan remarcó intencionadamente el vínculo familiar al comenzar a hablar.

Las últimas palabras de su interlocutor habían sido pronunciadas por el obispo que era y no por el hermano adoptivo de su padre, Tomás. Pietro lo estaba llamando al orden como superior.

–Verás, intentaba decirte que he venido porque ha sucedido algo especial –mintió–. Desde ayer el volcán Llamatepec, que está cerca de aquí, está lanzando humo.

–¿Y? –respondió Pietro con aparente desinterés.

Preveía una conversación por veredas distintas a las puramente oficiales. Algo por otra parte bastante habitual en su sobrino. Decidió limitarse a escuchar:

–La actual Chalchuapa fue, en tiempo de los mayas, una de las regiones más relevantes. Aquí hubo muchos lugares de culto, entre ellos Tazumal, que es donde estoy ahora.

–¡Ah! No estás en la ciudad, sino en unas ruinas –intervino Pietro aparentando estar molesto–. ¿A dónde quieres llegar, Juan? ¿Qué es lo que está pasando?

–Que los seguidores de la antigua religión maya están reunidos en el recinto del juego de pelota esperando a que lleguen los sacerdotes y chamanes. Hay más de quinientas personas. Han venido a recibir la señal que marca el último día.

–Mira, Juan, no sé qué haces en Tazumal o dónde sea que estés. No entiendo qué tiene que ver el antiguo culto maya contigo, pero lo de la señal que marca el último día ya me parece excesivo. No creo que eso sea motivo para abandonar tus obligaciones –sentenció.

–Sí lo tengo, tío. Los mayas dejaron escrito que el fin del

mundo acontecería el 22 de diciembre de 2012, y es hoy. Además ayer...

—¡Juan! —cortó Pietro tajante al intuir hacia dónde iría la conversación—. ¿Me estás hablando del fin del mundo? ¿Andas a las cuatro y media de la mañana por ruinas mayas esperando ver el Apocalipsis?

—Debes entenderlo, tío —las palabras de Juan eran precipitadas. Adivinaba que Pietro estaba a punto de dar por finalizada la conversación—. Es hoy o nunca. A diferencia de otras veces, no estoy persiguiendo ovnis ni participando en nada raro. Además, tal como asegura la profecía, desde ayer el volcán lanza humo.

—Ya basta, Juan. Los mayas jamás hablaron del fin del mundo. Pronosticaron, es cierto, el fin de su calendario, y es verdad que coincide con la fecha de hoy, pero nada más. Te ruego, no, te ordeno que vuelvas a tus obligaciones en Ahuachapán. Y cuando estés allí me llamas y hablamos, pero de otra forma. Buenas noches.

Pietro no esperó respuesta. Colgó el teléfono con brusquedad. Se inclinó hacia delante apoyando los codos sobre la mesa y, cubriéndose los ojos con las palmas de las manos, pensó: «¿Qué voy a hacer?». Seguramente su pregunta habría sido otra de saber dónde se encontraba Juan.

Tazumal, El Salvador

Efectivamente, el sobrino del obispo estaba en Tazumal, pero al hablar con su tío había pasado por alto algunos detalles reveladores. Le había mentido en lo esencial: su viaje estaba perfectamente programado. Hacía más de cuatro meses que él y sus amigos, sabiendo que se realizaría una ceremonia maya en las ruinas del asentamiento, habían acordado asistir. La intempestiva hora tampoco era casual. El ritual debía dar comienzo justo al salir el sol, en torno a las cinco de la madrugada.

En principio Juan acudía al recinto llevado más por una curiosidad antropológica que apocalíptica. Aunque en su mente dudaba de la profecía, dejaba una puerta entornada hacia la posibilidad de contemplar algo distinto, una sorpresa. Casi siempre las tenía persiguiendo misterios. Además, Tazumal le quedaba

muy cerca de su misión, a veinte kilómetros escasos. Quería ver las ceremonias que se preveía que durarían hasta la puesta de sol del día 24. Su intención era tomar nota de todo cuanto aconteciera y luego acudir a la misa del gallo, así sería visto en la ciudad participando en un acto litúrgico sin levantar sospecha alguna. Tras la celebración, se excusaría de nuevo diciendo que acudía a dormir a casa de alguna familia respetable —otra mentira más, pues ya tenía reserva en un hotel— y justo a tiempo, tras el desayuno del día de Navidad, regresaría a su parroquia de Ahuachapán para participar en la comida de hermandad de su congregación con el resto de sacerdotes. En caso de que le preguntaran explicaría a sus hermanos que había estado efectuando visitas pastorales por las aldeas más pobres de la zona y participando en la misa de Nochebuena. Un plan perfecto. Pero los acontecimientos comenzaron a precipitarse de tal modo que Juan, habitualmente seguro de sí mismo, se vio casi sin saber cómo llamando por teléfono a su tío.

El primer impacto le llegó a última hora del día anterior, a través de una llamada telefónica: «Ya ha comenzado. El Llamatepec está lanzando humo.» Le había dicho Ana. Aquello le provocó un sueño inquieto en una noche que iba a ser corta, pues debía madrugar.

La segunda impresión llegó horas después, de madrugada. Fue un temblor de tierra en la carretera nacional 8, que unía las ciudades de Ahuachapán y Tazumal, y que a la altura de la población de Atiquizaya desestabilizó la dirección del coche en el que Juan viajaba con Ana y sus dos amigos.

El tercer estremecimiento sucedió unos minutos después. Cuando el Land Rover se encontraba al final de la zona más recta de la carretera, ésta pareció cobrar vida. El suelo se agitaba. La magnitud de la sacudida aumentó tanto que Carlos, el conductor, frenó en seco, dio un volantazo y detuvo el vehículo en el arcén. Se estaba produciendo un temblor de tierra mucho más notable que el anterior. De pronto paró. El fenómeno no había durado más de seis segundos, eternos ante el miedo por lo ocurrido. Ninguno de los ocupantes pronunció palabra alguna. Se miraron, pero no sabían qué decir. Sólo uno de ellos, Teresa, la mujer de Carlos, parecía sonreír. ¿Se estaba cumpliendo la profecía o era todo casualidad? Ése era el pensamiento fijo en la mente de Juan.

Todo aquello tal vez no habría tenido la relevancia suficiente como para que Juan llamase a Pietro de no ser porque hacía ya siete años que el volcán, de cuando en cuando, mostraba la actividad típica de la caldera antes de entrar en erupción pero nunca daba el gran paso; nunca hasta aquella noche en la que su rugido hizo temblar la tierra. Claro, que eso tampoco habría sido motivo suficiente para llamar a Pietro si no fuera porque justo un año antes de aquella noche tres sacerdotes mayas, uno en México, otro en Honduras y un tercero en El Salvador, habían recibido una visión común: la del volcán entrando en erupción justo el día del fin del calendario. Juan, coartado por la actitud de su tío, había omitido ese pequeño detalle, así como cualquier referencia a dos temblores de tierra.

Pero la guinda, la espoleta que encendió la inseguridad en el joven sacerdote y provocó su llamada, fue su llegada a Tazumal. La primera sorpresa fue entrar en una ciudad que parecía más muerta que dormida. La oscuridad era total. Las pocas farolas de la carretera de entrada estaban apagadas, al igual que los tres semáforos con los que se cruzaron. Tampoco había luces en las casas.

—Tal vez el temblor ha provocado un corte eléctrico —dijo Ana para romper un silencio cada vez más tenso.

Nadie respondió.

Pasaban veinte minutos de las cuatro de la madrugada. Todavía era pronto y no había nadie en las calles, ningún coche circulaba por ellas. ¿Dónde estaba todo el mundo? La respuesta llegó de inmediato, tras dejar atrás la avenida que daba paso a la Laguna de Cucachapa. Una década atrás, sus aguas habían estado a punto de desaparecer a causa de la contaminación. Ahora el espacio lucía limpio, cristalino y algo más grande tras la expropiación y posterior derrumbe de una zona de barracas. Se había convertido en un espectáculo que dejó con la boca abierta a los ocupantes del 4x4: la superficie de la laguna reflejaba los cientos de luces que crepitaban alrededor de las ruinas de los templos mayas. Algunas procedían de las pequeñas fogatas encendidas por grupos de visitantes; otras surgían de las decenas de antorchas estratégicamente distribuidas para marcar el perímetro del recinto. Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Juan. Allí estaba todo el mundo.

Pese a la oscuridad, la presencia de centenares de individuos repartidos por las inmediaciones del lago se intuía a la perfec-

ción. Estaban distribuidos por la estructura de lo que mil años atrás había sido un recinto de juego de pelota, alrededor de una gran plataforma piramidal de veinticuatro metros de altura, cerca del antiguo cementerio maya y sus alrededores. Al ver aquello, Juan, sentado en la parte trasera del coche, no pudo reprimir apretar la fría mano de Ana, que estaba tan sorprendida como él ante la multitud. Los cuatro esperaban un acto íntimo y discreto, no la asistencia masiva de cientos de personas a una convocatoria en teoría secreta.

Si Pietro hubiera estado allí, se habría dado cuenta que Juan había sido excesivamente moderado en sus explicaciones: eran más de cinco mil personas las congregadas allí; además casi un centenar de chamanes y sacerdotes mayas esperaban, apartados de la multitud y colocados en círculos alrededor de tres hogueras, junto a la laguna. Una cifra nada despreciable considerando que la población de la ciudad no superaba los 75.000 habitantes. Todos se habían reunido con un único fin: presenciar el fin del ciclo, la última era, el último tiempo. Aquel que según la profecía vendría determinado por una señal del cielo y que acontecería poco después de una gran erupción solar. Los congregados esperaban que durante el amanecer el Sol les diera una señal reveladora.

Los cuatro amigos detuvieron el coche en la carretera. Bajaron y observaron que el silencio era sepulcral pese al gentío cercano. En ese momento Juan pensó que merecía la pena llamar a Pietro.

—¿Qué? ¿Te has quedado más tranquilo? —le dijo Ana con tono de desaprobación al ver la expresión de decepción en el rostro del sacerdote.

—No, estoy peor.

—Te he dicho que no lo hicieras, que no serviría de nada. El día que me hagas caso dejarás de tener tantos problemas.

—Habla más bajo —ordenó Carlos susurrante—. Sólo se te oye a ti.

—Bueno, dejemos en paz a mi tío y vayamos a lo que hemos venido. ¿Cómo piensas localizar a tu contacto, Teresa?

La esposa de Carlos era una mujer chamán. Juan la había conocido por casualidad cuando su marido, gran amigo del sacerdote, se había ofrecido a organizarle un encuentro terapéutico con la que entonces era su novia. El cura había padecido una terrible infección intestinal, con diarrea y fiebres; tras más de diez

días de tratamiento farmacológico, la dolencia no parecía remitir y Teresa fue a visitarlo al convento acompañada de Carlos. Cuando el hermano José, que cuidaba a Juan, abandonó la estancia y los visitantes estuvieron seguros de que no serían molestados –al fin y al cabo oficialmente estaban allí como visita privada de cortesía–, Teresa puso la palma de su mano derecha sobre el corazón de Juan y empezó a canturrear en lengua kanjobal, originaria de Huehutenango, la ciudad gutemalteca en la que había nacido la mujer.

Unos minutos después de la imposición de manos, Teresa sacó dos huevos de gallina de una cesta. Le indicó a su marido que desnudase a Juan de cintura para arriba; entonces la mujer se acercó al pecho del enfermo y, manteniendo sus labios a escasos centímetros de su piel, alternó soplos de aire tibio con palabras ininteligibles. Luego aplicó los huevos y efectuó un masaje circular en la zona sobre la que había hablado y soplado. Repitió la operación por todo el pecho y el vientre, donde se entretuvo largo rato. Cuando terminó, tiró los huevos con fuerza en el interior de un recipiente de barro cocido: uno de ellos tenía la yema ennegrecida. «Se pondrá bien, mi curita. Ahora descanse y mañana mi esposo vendrá a verlo». Fue todo cuanto dijo. Juan, sorprendido, se limitó a sonreír en señal de agradecimiento.

Al día siguiente, al igual que los otros cinco que lo sucedieron, Carlos visitó a Juan para administrarle un preparado bebible elaborado por su mujer. Al segundo día bajo la fiebre. Al tercero cesaron los vómitos. Al sexto el sacerdote pudo abandonar su cama.

Teresa era parca en palabras cuando estaba en público. Sólo mantenía largas conversaciones con su marido. Ante el resto prefería el silencio. Durante el temblor de tierra, ni siquiera había pestañeado; tampoco había cambiado la expresión de su rostro, plácido y ausente, al llegar a las ruinas de Tazumal. Era como si supiera de antemano todo lo que estaba por suceder. Era la organizadora de aquel viaje.

–Voy a llamar para avisar de que ya hemos llegado –indicó Teresa sacando el móvil de su mochila.

–Mujer, dadas las circunstancias, esperaba algo más místico.

Pero la broma de Carlos, que pretendía aligerar un poco la tensión de los cuatro, cesó de inmediato al ver la mirada de su compañera. Optó por sacar un cigarrillo, prenderlo y otear en derredor.

Juan cogió su móvil para ver qué hora era. Ana se le acercó ofreciéndole una lata de refresco. Él aceptó con una sonrisa.

–Quién te iba a decir a ti, la científica, la mujer que todo lo pasa por el tamiz de lo plausible, que estarías aquí.

–Ser ingeniera de telecomunicaciones no exige la vinculación con divinidad alguna. Peor lo tienes tú, dudando de tu fe. ¿O estás de paseo?

–Hay muchas formas de llegar a Dios. Ésta –extendió la mano señalando hacia el grupo de sacerdotes mayas que comenzaban a dirigirse al centro del recinto– puede ser una más, tan buena y eficaz como la mía.

–No creo que a tu tío le gustase lo que dices.

–Hay muchas cosas que no le gustan. No porque no esté conforme con ellas, sino porque teme conocerlas. Es un hombre especial. Para mí es casi como un padre; espero que algún día puedas conocerlo.

–Sí, algún día. Depende de ti, ¿no?

El religioso optó por no responder. Hacerlo habría implicado abrir un debate para el que, por el momento, no estaba preparado, y menos en aquellas circunstancias. Se hizo el distraído fijando su atención en la hilera con forma de semicírculo que estaban formando los sumos sacerdotes y chamanes. A primera vista nada los hacía distintos al resto de asistentes. No había ni ropajes rituales, ni plumas, ni tocados o cetros de poder como Juan esperaba ver. Sólo una cinta de tela amarilla anudada a sus cabezas. Sin embargo, todo el mundo parecía saber quiénes eran. Se habían orientado hacia el lugar por donde saldría el sol. El resto de personas se estaban agrupando tras ellos, a una prudencial distancia de unos cuatro metros. Poco a poco llenarían la gran extensión que había entre el centro ceremonial y el borde de la laguna.

De nuevo, la tierra tembló bajo los pies de los congregados.

Barcelona

Pietro regresó a sus pensamientos agitados cuando fijó la mirada en el papel doblado que tenía sobre la mesa. «Las ceremonias hay que terminarlas, pues de lo contrario se convierten en costum-

bres, y la costumbre acaba por vivir en el olvido de lo tedioso», se dijo. Se levantó, cogió el papel y, mirando el cofre en la distancia, pensó: «¿Cuándo llegará el día de aclarar todo esto?». Guardó el documento, miró el reloj y abandonó su despacho con gesto de satisfacción: «Si me organizo bien, lo tengo listo para la hora de comer». Pan, el obispo pensaba en pan. En amasarlo, cocerlo y degustarlo.

Elaborar pan lo conectaba simbólicamente con su mentora en estas lides, su abuela Carola, la madre de su padre, la mujer a quien siempre vio viuda, vestida de riguroso negro y cubierta con un desgastado delantal gris, mientras amasaba y cocía pan en el pequeño horno de la Via Formentini, en Gemona del Friuli, su tierra. Pietro, muy amenudo, añoraba regresar a su ciudad. Pero hacer pan no sólo era zambullirse en una infancia que a sus cuarenta y ocho años ya le quedaba un tanto lejana; le servía como terapia para dejar de pensar y relajarse, unas veces, para concentrarse e incluso orar otras. Aquel día tenía motivos más que suficientes para ello. Le preocupaban las andanzas de su sobrino y su dolor de cabeza aumentaba por momentos.

Pietro estaba a punto de entrar en la cocina cuando se detuvo en seco. Romero, necesitaba romero para hacer su *focaccia*. Desanduvo el camino por el largo pasillo que separaba su despacho del resto de la casa: doce metros presididos por largas estanterías, protegidas por puertas acristaladas, que en otro tiempo albergaron decenas de tratados eclesiásticos, diccionarios y numerosos ejemplares de La Biblia, obras que acabaron compartiendo espacio con novelas históricas, la otra gran pasión de Pietro. Eran libros, en definitiva, que un buen día desaparecieron de allí para ocupar la sala biblioteca del cardenal, ubicada junto al salón de la vivienda, que a su vez lindaba con la cocina y estaba presidido por una gran chimenea con frontales de mármol rebajados y tallados con motivos naturales.

Pero la librería no quedó huérfana. Su propietario se encargó de abastecerla con sus tesoros más preciados: antiguos objetos de cocina que sólo contemplaba de cuando en cuando y jamás utilizaba para cocinar: viejas máquinas manuales de picar carne, ralladores para quesos de distintas medidas, pasapurés y mandolinas; coladores de madera y metal de varios tamaños, entre los que destacaba uno muy pequeño de madera de acacia y con trenzado de hilo de pescar, especial para hilar huevo; descorazonado-

res de manzanas, molinillos de pimienta; viejos moldes para elaborar empanadas; rodillos, cortadores de pasta, amasadores, mazas para ablandar la carne, raspadores de escamas, cuchillos de distintos tamaños y con diferentes utilidades. Allí colocó también más de diez morteros en piedra, mármol, porcelana y madera, que repasaban cual vientres de silenciosa memoria de las mezclas que, en un lejano tiempo, dieron a luz salsas y condimentos... Objetos, recogidos con mimo, y casi quinientas obras y tratados de cocina, alguno con más de un siglo de antigüedad. Años de adquisiciones en mercadillos y anticuarios.

Pietro no podía evitar un sentimiento de plenitud cada vez que caminaba frente al gran mueble, y esto ocurría a diario pues aquel era lugar obligado de paso nada más entrar en la casa. A veces se limitaba a detenerse frente a su particular «Mueble de las maravillas», como le gustaba llamarlo, y dejaba que sus ojos se perdieran recorriendo las baldas que se prolongaban casi hasta al alto techo reforzado con vigas de madera y que alcanzaban los tres metros y medio de altura. Nacían sobre la base de una estructura baja compuesta por cajones y puertas macizas que cubrían y daban privacidad a lo que debía permanecer alejado de la vista.

Entró en el despacho, que conectaba con un patio ajardinado a través de cuatro grandes puertas de acristaladas. Estaba a punto de cruzar el umbral cuando le vino a la mente la imagen de su sobrino. «¿Qué estará haciendo?» Pero aquella pregunta ya tenía respuesta o, al menos, el religioso la intuía. Imaginaba que Juan no acataría sus órdenes. No, no debía estar de regreso a su misión, sino dejándose llevar, como tantas otras veces, por la inquietud que causaba en él lo misterioso.

Se acercó al teléfono; lo miró unos segundos sin saber qué hacer. «Haga lo que haga, no servirá», se dijo optando por seguir su camino. Abrió la puerta central que daba acceso al patio. Las otras tres también estaban a la altura de los cuatro peldaños de piedra que permitían salvar el desnivel de aquellos escasos pero bien aprovechados cincuenta metros cuadrados de espacio exterior. Aunque podían abrirse, aquellas otras puertas estaban bloqueadas por jardineras repletas de plantas aromáticas.

De pronto un intenso fagonazo se produjo en el interior de la cabeza del obispo. Instintivamente se llevó la palma de la mano a la altura del ojo derecho y con ella se cubrió parcialmente la frente. Era una punzada de dolor. Pietro lanzó un improperio. De

nuevo, otro destello, parecido a un relámpago, y un nuevo pinchazo transformaron su rostro en una mueca de sufrimiento. Se sentó en el escalón de piedra. Cerró los ojos y colocó ambas manos sobre la zona dolorida. La migraña había despertado.

Sonó el teléfono, pero Pietro se sentía incapaz de levantarse para cogerlo; tenía arcadas y estaba mareado. No recordaba un ataque tan fuerte como ese desde que, diez años atrás, padeciera el primero. Se mantuvo con los ojos cerrados, expectante, aguardando a que pasase algo más. Sin embargo, el tercer latigazo fue mucho más suave; hubo un cuarto, y después todo pareció volver a la normalidad. Abrió los ojos. Le molestaba el suave Sol de invierno que iluminaba el patio. En momentos como aquéllos, los impactos de luz se convertían en minúsculas agujas invisibles que se le clavaban en los ojos; normalmente padecía esos efectos de forma más notable en el derecho.

El obispo respiró hondo. Se sentía extraño. Aquellos pinchazos tan repentinos siempre venían acompañados de algo más, algo que Pietro esperaba, pero que no aconteció. Volvió a sonar el teléfono. Se levantó y se acercó a la mesa para cogerlo. Deseaba que fuera su sobrino. Algo le decía que las cosas no iban bien.

—¿Lucía?

—*Int mandì!*, Pietro.

—*Int mandì!*, hermana. *Cui miôr augûr di un bon Nadâl.*

—Pues eso, lo mismo para ti, pero en castellano, ¡felices fiestas! En friulano, no llego a tanto.

—Ya, pero lo insultos no te costaron tanto de aprender, ¿eh?

—Tú verás. Lo primero que me enseñaste a decir fue *vintr chiâ*. Creo que nunca había enviado a nadie a la mierda con tanta discreción —rió Lucía.

El idioma friulano siempre había sido especial para Pietro. Lo aprendió de su abuela que, si bien sabía perfectamente italiano, la otra lengua hablada en Gemoná, se negaba a usarlo. Cuando Pietro llegó a España tenía doce años, casi no sabía hablar castellano y, en contra de lo que él pensaba, nadie hablaba friulano. Dejó de usarlo, aunque en sus años de adolescencia recurría a ciertos términos de esa lengua para emitir insultos o tacos cuando se enfadaba en la escuela o quería sorprender a sus hermanos adoptivos a los que nunca terminó de enseñarles el idioma. De adulto sólo lo usaba en momentos de tensión o preocupación, cuando sin pretenderlo se le escapan las palabras o frases más íntimas.

—¿Qué me cuentas, hermana?

—Nada especial. Bueno sí, tengo un anuncio y una pregunta. ¿Cómo andas de mujeres?

—¿Perdón?

—Sigues siendo un ingenuo, ¿eh?

—Soy un hombre de Dios.

—Ay, querido obispo. ¿Cómo es posible que todavía no conozcas mi forma de tomarte el pelo?

—Habitualmente no me preguntas por mis ligues, que por otra parte no tengo. Y tú, ¿sigues siendo soltera o acaso ése es el anuncio?

—¡No! Se vive muy bien *cence maridâ* o *single*, como se dice ahora. ¡Y que dure! Bueno ¿cómo andas de mujeres?

—¡Y dale! Va, Lucía, que tengo una migraña que no me aguanto. Justo antes de que me llamaras me ha dado una punzada como nunca.

—¿Has dejado la medicación?

—Me duerme y atonta, ¿qué quieres que haga? —protestó Pietro llevándose de nuevo la palma de la mano a la frente, intentando detener la suave punzada que acababa de notar.

—Tú mismo. Si quieres jugar con tu salud, hazlo, pero habiendo remedios, no tiene sentido que lo pases mal. En fin, eso ya lo hablaremos con calma. Como seguro que andas mal de mujeres que se ocupen de ordenar un poco tu vida, mañana me tienes ahí. Ése es el anuncio. Tengo unas jornadas de neurología el jueves y el viernes de la semana que viene, y había pensado pasar estas fiestas contigo. ¿Cómo lo ves?

—Encantado. Al fin y al cabo, ésta es tu casa. Pero ya sabes que estos días tendré bastante trabajo. El lunes oficiaré la misa del gallo y el martes, que es Navidad, tengo una comida de hermandad en la abadía de Montserrat. Por lo demás, genial.

—Pues vete preparando el pan, hermanito, que mañana es domingo. No hay que perder las buenas costumbres.

—¿Y?

—Veo que tendré que hacerte una revisión neurológica a fondo, además de tener migrañas ahora pierdes la memoria. Vale que hace años que no nos vemos, pero los domingos cuando era pequeña siempre le pedías a mamá que te dejase cocinar y nos preparabas unos *pufs*... ¿Quizá ya no haces pan?

El rostro de Pietro se iluminó al recordar aquellos domingos

en los que, siendo casi un niño, elaboraba unos panes huecos, de masa muy fina y crujiente, que, una vez horneados, rellenaba de ensalada. Su nombre, *puf*, siempre provocaba la risa de su hermana. Eran los favoritos de Lucía, a quien de cría, como hiciera su abuela con él, Pietro sentaba sobre el mármol de la cocina para que lo viera preparar más de cerca aquel alimento.

Lucía estaba en lo cierto, habían pasado muchos años, casi treinta, desde que Pietro, con 18, abandonase la casa familiar en Segovia para acudir a estudiar interno en el Seminario Menor de Mallorca. Años después había abandonado la isla para ingresar en el Seminario Conciliar de Barcelona y, si bien durante aquellos años los hermanos se habían visto en vacaciones, eran contadas las fechas en que Pietro cocinaba pan para su familia. Actualmente sólo vivían Lucía y su otro hermanastro, Tomás, a quien el sacerdote sólo veía cuando viajaba a Roma. Así, la elaboración de comidas familiares casi había pasado a la historia.

—Precisamente estaba a punto de recoger un poco de romero en el patio para preparar una *foccacia* cuando se ha despertado la bestia, —así llamaba Pietro a su migraña—. O sea que sí, sigo haciendo pan.

—Perfecto. ¿Y licores?

—No, ya no. Perdona, Lucía, tengo que dejarte, me llaman por la otra línea —mintió.

La «otra línea» eran unos intensos impactos de migraña que nublaban la visión del obispo.

—Vale, si te parece... ¿oye?

Lucía no tuvo ocasión de terminar la frase y decirle a su hermano la hora a la que llegaría su tren. Pietro había colgado.

«*Sigue igual. Cuando va a lo suyo, va a lo suyo*», pensó.

Lo que la hermana de Pietro no podía saber es que en esos momentos él yacía inconsciente en el suelo.